



## XVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO\*

**“Yo soy el pan de vida”. “El que venga a mí, no tendrá hambre y el que crea en mí no tendrá nunca sed”**

*Luis Fernando Crespo*

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del comentario

**Lecturas:** Éxodo 16,2-4.12-15; Efesios 4,17.20-24; Juan 6,24-35

Continúa la lectura del capítulo sexto del evangelio de san Juan. La gente busca a Jesús después de haber comido pan en abundancia, pero sin haber comprendido el “signo” de haber compartido el alimento entre ellos y con Jesús. Inmediatamente les invita a dar el salto a otro nivel: “Obren no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para la vida eterna, el que les dará el Hijo del hombre”. Uno se acuerda fácilmente del diálogo de Jesús, unos capítulos antes (4,5-30), con la mujer samaritana, en Sicar, junto “al pozo de Jacob” (Jn. 4,6). Comienzan hablando de experiencias humanas cotidianas que todos entienden, como comer pan para saciar el hambre o beber agua para apaciguar la sed, para de ahí elevar la conversación a otro nivel de realidad, que él llama “vida eterna”. En el lenguaje de los evangelios sinópticos se designa como “Reino de Dios”, del que son “signo” las comidas compartidas con Jesús y con los necesitados. Él mismo en sus parábolas lo compara con un banquete abundante y generoso, al que Dios invita sin exclusiones, abierto a todos, “a los pobres y lisiados, a ciegos y cojos” (Lc,14,22), precisamente los considerados impuros e indignos de participar en el culto religioso. El “signo” no era simplemente el hecho de haber comido pan, sino el gesto del muchacho anónimo dispuesto a ofrecer con generosidad sus cinco panes, la bendición de Jesús sobre los panes que logró que fueran compartidos y comidos por todos los presentes, y con tal abundancia que aún pudo recogerse lo sobrante para los ausentes que necesitaran. El pan bendecido y entregado por Jesús sería recordado en la comunidad creyente como un anticipo del pan “entregado” en la “última cena”. Los “signos” que Jesús realiza apuntan a descubrir en él al enviado de Dios y a creer en él: “La gente al ver el signo que había realizado decía: ‘Este es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo’”.

A los judíos de su tiempo les costaba. entender a Jesús y creer en él. Se quedan simplemente en lo que han visto y comparan. Lo de Moisés les parecía más evidente.

---

\* Ciclo A

“Nuestros padres comieron el maná en el desierto” durante muchos años. En cambio, “Tú ¿qué signo haces para que viéndolo creamos en ti? ¿Qué obra realizas?” Les parece que podría ser un buen “rey”, pero Jesús descarta que esa sea su misión y “huyó de nuevo al monte él solo”.

La primera lectura, tomada del libro del Éxodo, nos ofrece como un contexto adecuado para entender las referencias que se hacen en el evangelio. Moisés también tuvo que afrontar la incompreensión del pueblo, que se acordaba de “la olla de carne y del pan que comíamos hasta hartarnos”, olvidando la situación de humillación y opresión que habían sufrido. Dios les ofrece “pan para comer”, pero “no sabían lo que era” y se preguntaban “¿qué es esto?” (en hebreo: “maná”).

La comida compartida con “unos cinco mil” causaba admiración, como las curaciones de los enfermos, pero no reconocieron el “signo” que lleva a creer en Jesús. Jesús inicia una explicación: en realidad “no fue Moisés quien les dio pan del cielo”. Eso era el hecho constatado. Pero en un nivel más hondo les enseña: “es mi Padre el que les da el verdadero pan del cielo”. Esa significación –“mi Padre”- no se constata, sólo se cree. También nosotros -¿creyentes?- con frecuencia nos quedamos en el nivel de lo constatable, nos resulta oscuro descubrir y “creer” en esa dimensión más profunda de la realidad: la presencia misteriosa y liberadora de “mi Padre” en las obras de Jesús y en las que nosotros podemos realizar hoy en su nombre.

Los que habían comido el pan y los peces “le dijeron: danos siempre de ese pan”. Todavía no habían comprendido, lo mismo que en el episodio de la mujer samaritana junto al pozo. Finalmente, Jesús aclara: “Yo soy el pan de vida. El que venga a mí, no tendrá hambre, el que crea en mí, no tendrá nunca sed”. Somos hambrientos y sedientos de sentido, siempre insatisfecho, para vivir. Se nos ofrecen diversos sucedáneos que nos acosan: éxito, poder, prestigio profesional, dinero, siempre centrados en nosotros mismos, y en nuestro interés y provecho. Jesús se nos ofrece como pan y bebida para tener un sentido no efímero, que se va perdiendo, sino “eterno”, es decir que se vive ya desde ahora hasta encontrar su plenitud definitiva: “vida eterna”. Esa es la clave: creer en Jesús y en su palabra, confiar en él, sacia la búsqueda de sentido a la vida; significa descubrir que, como Jesús, la plena realización se vive en el amor y en la entrega a los demás, hacerse pan, vida entregada para que otros vivan. “La obra de Dios es que crean en quien él ha enviado”.

Algo más: “el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo”. No sólo responde a nuestro anhelo personal de sentido. Este mundo nuestro, con todas sus ambigüedades, luces y sombras, progreso e iniquidad, como que se agota. La pandemia sufrida recientemente, el hambre y las guerras nos gritan que no podemos seguir viviendo de la misma manera, la intolerancia y el enfrentamiento vividos en los últimos meses nos amonestan que con tanta carga de desprecio hacia los que no consideramos iguales, no tenemos futuro. El pan del mensaje de Jesús, la fraternidad realizada en justicia y en paz puede dar vida nueva a nuestra sociedad. Pero hay que animarse a comer de ese pan, es decir reorientar la religiosidad tradicional en nuestra población hacia la fe en Jesucristo, su mensaje y estilo de vida, encarnados en nuevas formas de

relación entre nosotros: reconocimiento de la dignidad igual de todas las personas, el respeto y promoción de los derechos y las condiciones iguales de vida. Precisamente eso es lo que Jesús había propuesto como “signo” en la comida con la multitud: comieron “todo lo que quisieron”. Ese comportamiento, expresión de la fe en Jesús, no es “alimento perecedero”, sino más bien “alimento que permanece para vida eterna”. “Vida eterna” no denota solamente una calificación de duración cronológica indefinida, se refiere a densidad y plenitud, vida auténtica y verdadera, la que Dios ofrece y quiere. Equivale a lo que los otros evangelistas formularon como Reino de Dios y salvación. Jesús es el “pan” que alimenta y nos hace capaces de esa “vida eterna”, pero que ha de traducirse ya desde ahora en actitudes nuestras y acciones como las que él realizó.

La segunda lectura, de la carta a los Efesios, viene a completar el sentido de cómo entender lo de “vida eterna”. Primero de una manera negativa: “que no vivan ya como viven los gentiles, según la vaciedad de su mente”, lo que Jesús llamaba “conversión” de viejos estilos y prácticas, expresiones del egoísmo y del pecado. De manera afirmativa; “renueven el espíritu de su mente, y revístanse del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad”. Es algo muy profundo -creación de Dios- y, a la vez, bien concreto y práctico, una manera nueva de mirar y relacionarnos con los demás, en la cotidianidad de cada día y en la responsabilidad por el bien común, justo y fraterno para todos.